

Reseñas

Tiempo de tormentas

ENRIQUE LACOLLA (2014). Reseña de *1914-1918. La fractura*. Córdoba, Babel, ISBN 987-697075-4, 178 páginas.

Por Nelson Specchia *

Enrique Lacolla es uno de los intelectuales más interesantes que ha dado el periodismo de Córdoba en nuestros tiempos. Su barba cana y los lentes gruesos le dan el porte de un viejo sabio, que acentúan su andar cansino y su conversación larga, pausada. En ella —en la conversación, digo— ese perfil de pedagogo se acentúa. Su dominio de temas diversos de la realidad política internacional, el entrelazamiento de éstos con datos y referencias del pasado y la combinación de ambos como plataforma para el análisis prospectivo, provoca un auténtico placer intelectual en sus interlocutores.

Esta acumulación de conocimientos y capacidades de transmisión, además, se aúnan a su biografía y a la clara perspectiva de sus análisis, enraizadas ambas en el compromiso social y político con un mundo plural y diverso, donde la atención a los sectores menos favorecidos debe inexcusablemente ser prioritaria. En síntesis, que charlar con “Quique” Lacolla es un placer. Y también leerlo.

Los memoriosos (y los cinéfilos) recordarán páginas y páginas de comentarios y críticas de cine firmadas por Quique Lacolla en los medios de la Universidad Nacional de Córdoba, donde también ejerció la docencia en la Escuela de Cine entre 1968 y 2002 y generaciones enteras estudiaron desde sus textos, algunos ya canónicos, como *Cine épico e historia* (1970), o *El oficio de ver* (1998). Aunque, ciertamente, la mayoría de sus lectores no habrán surgido desde las filas académicas, a pesar de tan extensa trayectoria por las aulas, sino de leerlo en los más de treinta años en que reflexionó desde sus columnas en *La Voz del Interior*.

Es un secreto a voces en Córdoba las disputas ideológicas con los nuevos dueños del matutino —el Grupo Clarín— que terminaron con sus colaboraciones sobre temas variopintos (aunque siempre primara la atención a la política internacional) en *La Voz del Interior* a partir del año 2008. Pero la desvinculación del staff permanente del diario no lo ha llevado a una jubilación anticipada sino, por el contrario, le ha permitido una profundización en algunos temas “duros”, con investigaciones largas y meticulosas, como el que ha volcado recientemente en el libro *1914-1918. La fractura*, publicado en nuestra ciudad por Babel Ediciones, donde Enrique Lacolla vuelve sobre el fenómeno político, militar, sociológico y económico que terminó con el “antiguo orden” e inauguró ese

¹ Profesor de Política Internacional (UCC), Director de *Studia Politicae*.

“siglo XX corto” (Hobsbawm dixit) que nos queda apenas a la vuelta de la esquina, aunque a veces parezca tan lejano como las eras precámbricas.

En 18 capítulos y 272 páginas, Lacolla desmenuza con ingenio y pedagogía el complejísimo tablero de fuerzas en juego, intereses contrapuestos, novedades tecnológicas y hasta malentendidos personales que llevaron al estallido de eso que luego la historia denominaría primera Guerra Mundial, que a un costo humano desconocido hasta entonces terminó alumbrando el mundo contemporáneo.

El trabajo del periodista se une, indisociablemente, al del analista, y ambos al del historiador. Los capítulos de *La fractura* —que siguen de cerca los artículos que Quique Lacolla fue publicando en su página web, “Perspectivas”, que viene a ocupar el lugar virtual de la Redacción periodística que fue su casa durante tantos años— abordan el conflicto que, como el autor lo sintetiza en el prólogo al libro, fue el punto de quiebre de la civilización occidental, la inflexión decisiva que puso en entredicho los referentes culturales y materiales sobre la que ésta se venía basando, abriendo un interrogante acerca de la potencialidad destructiva que tenía el principio que hasta ahí la venía moviendo: el progreso técnico y la naturaleza del sistema capitalista.

La fractura fue una patada al tablero del “siglo viejo”, y esta es una imagen que grafica esa sucesión terrible de acontecimientos que hoy conocemos como “Primera Guerra Mundial” (digo “hoy conocemos” porque, claramente, en el transcurso de su desarrollo nadie se refería a ellos como “guerra mundial”, ni mucho menos como “primera”, un ordinal que recién sumó a su nombre a partir de los años 40, cuando hubo otra guerra a la que se denominó “segunda”). Esa imagen es la del cataclismo de un orden, de un sistema, que bien puede graficarse como un tablero, un damero donde los casilleros están ordenados, son medianamente simétricos, y sobre él se ubican unas piezas que tienen unos movimientos pautados y una función específica, y los jugadores mueven esas piezas en esos casilleros con acuerdo a unas reglas establecidas de antemano y que, de seguir un método que combina astucia con cálculo, genera unos resultados medianamente predecibles, aunque condimentados con una pizca de azar. Bueno, esa descripción puede ser la de una partida de ajedrez, pero también la imagen del mundo que acaba —de golpe, con el golpe de una patada tremenda— en 1914.

Una de las primeras sensaciones que nos provoca este desequilibrio, esta ruptura tan radical, tan abrupta, tan violentamente trágica, es la distancia. Los acontecimientos, las causas y las consecuencias de ese conjunto de fenómenos políticos, sociales, económicos, estratégicos, demográficos y tecnológicos que denominamos “Primera Guerra Mundial” se nos aparecen como lejanos en el tiempo y en el espacio. Una “guerra vieja” que pasó hace mucho tiempo, y que pasó en lugares lejanos, cuyos nombres nos llegan con el eco de los libros de historia. Y hay que comenzar diciendo que es una sensación falsa, errónea, ya que apenas estamos conmemorando el primer siglo de ese conjunto de acontecimientos; inclusive muchos de nosotros tenemos gente conocida o que hemos conocido hará algunos años, que tuvieron participación personal en algunos de estos acontecimientos: si no son cosas que directamente afectan a nuestra generación, sí a las generaciones inmediatamente anteriores a la nuestra.

Eric Hobsbawm tiene un libro magnífico, denominado *Historia del siglo XX*; pero el título en español no es tan denotativo como el título original en inglés: *The Age of Extremes. The Short Twentieth Century 1914-1991*, porque Hobsbawm, que fue un

partícipe de ese siglo que narra, sostiene que la centuria que acabamos de dejar atrás no tuvo cien años, sino que la “patada al tablero” que mencionaba en el título fue tan rotunda, que logró inclusive alterar la cadencia de la sucesión del tiempo cronológico, que debió ajustarse a la aceleración del cambio. El erudito judío nacido en Egipto y criado en la tradición alemana, de formación marxista, que vivió y escribió en Londres y que enseñó en las universidades norteamericanas, sostiene que el siglo XX fue un siglo “corto”, que no comenzó en 1900 (o en 1901, como uno quiera escoger la disputa de los años que dan comienzo a las secciones numéricas), sino, precisamente, en 1914, con el derrumbe de un orden que había dado lógica y comprensión al mundo de la Edad Moderna. Y agrega, además, que tampoco se cierra este período en el año 2000 (o en 1999, según se quiera contar), sino una década antes: cuando el Muro de Berlín se derrumba, y con él el “socialismo real”, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, y la división bipolar del globo, que había sido la forma predominante de estructuración internacional desde la salida de la segunda Guerra Mundial y la instauración de la “guerra fría”. Un siglo de apenas unos 74 o 75 años. Y ese siglo “corto” comienza con el conjunto de fenómenos y de consecuencias que intentaremos presentar aquí.

Dije hace unos momentos que una de las primeras sensaciones, cuando uno se aboca a analizar estos fenómenos, es su lejanía, en el tiempo y en el espacio. Complemento eso con otra de las sensaciones predominantes: su abrumadora cantidad de hechos, nombres, situaciones, personajes, acontecimientos, relaciones, fronteras, Estados, intereses... La “patada” fue a “todo” el tablero, nada —o casi nada— quedó indemne, todo el sistema se vio alterado. De allí la dificultad para situar una narración medianamente homogénea que ubique el conjunto en una perspectiva unívoca, para permitir luego una valoración, un análisis ponderado sobre sus resultados, muchos de los cuales llegan hasta nuestros días y condicionan las acciones políticas de nuestra cotidianidad. Esa vastedad de acontecimientos y participantes tiene también su relación en los escritos que han intentado desmenuzarla: se han escrito cientos y cientos, miles de páginas, libros, artículos, “papers” académicos, novelas, cuentos, guiones... ríos de tinta para intentar narrar —y quizás, también, exorcizar— los demonios de la “Guerra Grande” (o “Gran Guerra”, como se la llamara antes de que tuviera el ordinal de “primera”). El libro de Enrique Lacolla que aquí reseñamos se une a este caudal de investigaciones y escritos, pero también tiene voluntad y vocación de síntesis de esa biblioteca vasta.

Quién inclina el tablero

Primera cosa: el mundo es pequeño; hay pocos Estados; el globo todavía tiene inmensas zonas ignotas, incógnitas; África, Oceanía, el Índico y Asia Central son aún terrenos a explorar —y muchos a descubrir— y el ombligo de Occidente es Europa. El mundo es “eurocéntrico”, y lo es por última vez, porque cuando esto que comienza termine, Europa habrá quedado en un margen. Henry Kissinger ha desarrollado la interesante teoría de la orientación del poder. Kissinger dice que el poder, en el mundo, se desplaza, y se desplaza con una orientación definida: el poder se mueve hacia el Oeste, en contra del sentido de movimiento de rotación de la Tierra. Es una metáfora, por supuesto, no un condicionante determinista, pero ayuda a comprender cómo los centros neurálgicos de

decisiones y de influencias mundiales han ido desplazándose, y además de tener una orientación definida, los tiempos en los que se asienta en una determinada sede son cada vez más breves, acompañando también la aceleración científica y tecnológica de la era temporal que estamos viviendo. Kissinger hipotetiza diciendo que el centro del poder mundial estuvo, durante siglos largos, en el valle del río Amarillo, donde surge la civilización china y su inmensa y prolífica cultura, se puede ver ese poder en el refinamiento y en el grado técnico alcanzado por la burocracia imperial china: los administradores de la política en aquel lejano Oriente, los mandarines, accedían a sus cargos por “concursos de oposiciones y antecedentes” —diríamos hoy— ya unos diez siglos antes de la era cristiana, y se vestían con sedas y brocados cuando en Europa poco menos andaban en taparrabos... ese poder, cuando la civilización china comienza a debilitarse o a aislarse, va a pasar por India; por los pueblos ubicados en las fértiles tierras entre el Éufrates y el Tigris; seguirá su viaje al Oeste y alcanzará el Mediterráneo: Alejandro de Macedonia tomará la posta y lo expandirá por casi todo el mundo conocido y Grecia será el eje; luego, el talento organizacional romano lo conducirá plenamente a Occidente, hasta que las “invasiones bárbaras” vuelvan a ponerlo en jaque; pero Carlos V —o Carlos I—, cuyos dominios eran tan vastos que en ellos no se ponía el sol, aún reivindicaba para sí la condición de heredero de aquel Imperio Romano, la calidad de “César”. Tras el hundimiento de la Armada Invencible, el testigo pasó a Londres, con el apoyo del dominio de los mares. Y aquí lo encontramos en la etapa que nos ocupa. (Seguirá su viaje el poder, y precisamente será esta guerra, que comienza en 1914, la que empujará al poder a cruzar el Atlántico y asentarse en Washington; y quizás en estos días nuestros, porque los períodos son cada vez más cortos, estemos presenciando cómo sigue su ruta hacia el Oeste, y esté cruzando esta vez el otro océano, el Pacífico, y volviendo a donde partió, a la costa de China). En 1914 encontramos al poder mundial sólidamente asentado en Europa, y ese centro del poder tiene muy poco acompañamiento, hay muy pocos Estados —algo así como una quinta parte de los que hoy conocemos— y que, por lo tanto, hay fuerzas internas que pujan, al interior de Europa, por porciones mayores de uso de ese poder. Una de estas fuerzas en pugna está en Berlín, y en el palacio del joven emperador Guillermo II.

Guillermo II ascendió al trono de Prusia en 1890, y uno de sus primeros actos de gobierno fue destituir al anciano canciller Otto von *Bismarck*, porque tenía la intención de abandonar su complejo y proceloso sistema de alianzas, y que había sido el “table-ro”, la foto del “sistema europeo”, que quizás fuese complejo y frágil, pero había garantizado la paz en Europa durante casi veinte años. Guillermo entendía que esa paz y esa primacía de la diplomacia tradicional —un invento renacentista que casi no había sido afectado por modificaciones importantes en cuatrocientos años— impedía la expresión del potencial alemán. Prusia, entendía el emperador, podía alcanzar unas condiciones de poder y hegemonía superiores a Londres y a París (lo que, en los términos de ese tablero, implicaba la hegemonía mundial), y tras el desplazamiento de *Bismarck* impulsa la denominada *Weltpolitik*, que —hay cierto consenso en la academia— constituyó el inicio del camino que terminará conduciendo al estallido de la guerra. Los cambios impulsados en la poderosa Alemania por Guillermo II imponen un clima de tensión con las demás potencias europeas, mientras, a nivel social, los cafés, los restós y las terrazas bailan despreocupadamente el ritmo de un tiempo que se llamó, precisamente por eso, *Belle Époque*: señoras de miriñaque, sombrillita y faldas hasta el suelo y señores de galera y bastón, unas imágenes que contribuyen a aquella

percepción de lejanía temporal que mencionaba más arriba, a pesar de que las distancias calendarias digan otra cosa.

En la economía, por otro lado, comienza a vivirse lo que podríamos hoy denominar la “primera globalización”, principalmente mirándola desde estos tiempos tan globalizados. Como se puede apreciar en el texto de Enrique Lacolla, estos tiempos globales nuestros también comienzan en estas fechas, en especial con el auge del colonialismo, porque es claro que no podemos hacer interpretaciones lineales ni simplistas: si identificamos a la nueva política exterior alemana, la *Weltpolitik*, como uno de los motores que pone en marcha la maquinaria del proceso, no por ello podemos creer que el cambio de las reglas de juego empujado por Berlín puede explicar, por sí solo, el desencadenamiento de la guerra. Como digo, esta “primera globalización” económica viene a coadyuvar fuertemente, y en paralelo, a la decisión de Guillermo de Alemania. Digo “globalización” porque el ascenso de Estados Unidos y Japón irrumpió en ese tablero con las casillas tan claramente delimitadas al continente europeo, y es una irrupción no sólo simbólica, sino también violenta, como lo expresan dos guerras que estos nuevos actores empujan contra las viejas coronas europeas: la de Estados Unidos contra España, en 1898; y la de Japón contra el Imperio Zarista de Rusia, en 1905. Además, esta “primera globalización” (y en eso comparte características con esta de nuestros días) se ve empujada por las transformaciones tecnológicas, que afecta especialmente a Alemania, que con las innovaciones introducidas por las tecnologías de este proceso que podemos considerar una nueva revolución industrial, expande su Producto Bruto Interno y aprovecha para acelerar su rearme naval. Porque, como lo explican las teorías realistas en la política internacional, el crecimiento económico y político debe ser respaldado por una capacidad militar consecuente.

Además, el impulso globalizador se retroalimenta a sí mismo: la mayor capacidad productiva de las industrias, tras la creciente incorporación de tecnología, aumenta la necesidad de provisión de materias primas, de las que no hay muchas reservas al interior de los Estados europeos, lo que termina impulsando, a su vez, la expansión colonial, que recupera vigor a fines del siglo XIX en orden a obtener las dos puntas del proceso productivo: insumos para la fabricación y mercados para la colocación de los productos terminados. Claro que la globalización no iba acompañada de una filosofía de libre mercado, ni nada parecido: la tendencia era a crear economías cerradas, coherentes con la concepción imperial que sostenía el sistema internamente; y como el “espacio europeo” es relativamente pequeño (aunque nuestra visión de europeos culturales nos lleve, incluso hoy, a concebir a Europa como un territorio vasto, por la dimensión histórica, civilizatoria, que impacta en la percepción del tamaño), la puja por territorio se traslada fronteras afuera del Viejo Continente, y los roces entre las potencias europeas comienzan a hacerse evidentes en cualquier latitud: el Pacífico Sur, el Estrecho de Magallanes, Oceanía, África... Mientras que la concepción imperial interna llevaba a sostener economías cerradas, lo que se trasladó a una puja por aranceles, y el extremo proteccionismo por vía arancelaria contribuyó también a enrarecer el clima internacional.

Para ejemplificar este conjunto de antecedentes, podemos mencionar dos hechos puntuales, pero enormemente significativos: la anexión de Alsacia y Lorena por parte de Alemania, en 1870; y el aumento de la presencia rusa en los Balcanes, ocupando el vacío que iba dejando la declinación del Imperio Otomano. Alsacia y Lorena eran las principales cuencas carboníferas de la Europa occidental, y las industrias todavía se

movían a carbón mineral: quien dispusiese del recurso energético que hacía mover las máquinas, tendría asegurada la locomotora industrial (por eso Jean Monnet y los euro-peístas, a la salida de la segunda Guerra Mundial, conciben que el mantenimiento de la paz pasa por sacar la disposición del carbón de las manos, tanto de Alemania como de Francia, y ponerla en las de una “autoridad supranacional”, esto es, Europea. Y Allí nace el proyecto de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero, que va a conducir a la actual Unión Europea).

En cuanto a los Balcanes, que han sido la chispa que termina encendiendo la llama, la pretensión de ocupación del espacio tras los turcos lo tenía el gran imperio de Austria-Hungría, pero la comunidad serbia, que siempre se ha autopercebido como parte de la gran patria eslava, reclamó la protección del Zar, y Rusia comienza a tensionar las cuerdas del nacionalismo contra los austrohúngaros. Esta utilización instrumental del nacionalismo por parte de Rusia, por cierto que no es exclusivo de los Balcanes —aunque en su nombre el serbobosnio Gravrilo Princip va a cometer el atentado contra el archiduque Francisco Fernando, el magnicidio que va a empujar el estallido de la guerra— sino que esa tensión nacionalista va a participar de lo que podríamos llamar un “clima de época”, donde el odio al vecino, la intolerancia a la diversidad y a las diferencias, tenían muy buena prensa.

La tesis del “equilibrio”

La fractura muestra cómo el viejo canciller Bismarck había tejido una serie de alianzas de “equilibrio” con el resto de Europa. El objetivo central era ese, el “equilibrio”, que nadie sintiera que la balanza se le volvía en contra. Entre esas alianzas, una, llamada la “Triple”, vinculaba a Alemania con el Imperio austrohúngaro y con Italia. Cuando Guillermo II comienza a aplicar la *Weltpolitik*, vista desde afuera como una nueva, ambiciosa y agresiva disposición de una de las mayores potencias europeas, Francia percibe que la balanza ha comenzado a pesarle en contra, y busca el entendimiento con el zar ruso, y en 1893 se firma el tratado franco-ruso que prevé que ante el ataque a uno de los dos, el otro le declararía la guerra al agresor (y cuando ponían “agresor”, ambos estaban pensando en Alemania, claro). Cuando Gran Bretaña ve este acercamiento entre Francia y Rusia, percibe que se está quedando afuera y sola, con lo cual aparca sus diferencias coloniales con París y propone también un pacto, que logra en 1904 y que se denominó “Entente”. Con el puente y los buenos oficios de París, los británicos acceden a reproducir el entendimiento con el zar Romanov, y el acuerdo anglo-ruso se firma tres años más tarde, en 1907. Y ahí ya están dibujados los que serían, a poco andar, los protagonistas de la nueva y trágica partida. A la Triple Alianza (Alemania - Austria-Hungría - Italia), se le enfrenta a hora una Triple Entente: Francia - Gran Bretaña - Rusia).

Y entonces, cuando las piezas están dispuestas en el tablero, pero nadie ha movido, llega la patada que desmorona todo. El 28 de junio de 1914, el archiduque Francisco Fernando, sobrino del emperador Francisco José I y heredero al trono austro-húngaro, de visita oficial en los Balcanes, es asesinado en Sarajevo, Bosnia, por Gavrilo Princip, miembro de la organización nacionalista serbia “La Mano Negra”, y a quién, hasta el día de hoy, los serbobosnios consideran un héroe nacional. Desde ese momento, todo se sucede a una velocidad de vértigo: el 23 de julio Austria-Hungría lanza un ultimátum a Serbia, y el 28 le declara la guerra; dos días después comienza la movilización general

rusa en defensa de su aliado eslavo del Sur; ante la movilización de los ejércitos del zar, Alemania le declara la guerra a Rusia el 1 de agosto, en cumplimiento del pacto de la Triple Alianza y en defensa de su aliado austrohúngaro; por su parte, y en cumplimiento del pacto de la Triple Entente, Francia inicia la movilización de sus ejércitos en defensa de su aliado ruso, y fuerza a que Alemania le declare la guerra el 3 de agosto; al día siguiente, el ejército alemán avanza hacia Francia, y en el camino invade Bélgica, lo que provoca la declaración de guerra por parte de Gran Bretaña al Káiser. Ya está: la Gran Guerra ha comenzado.

El goteo de sangre

Lacolla remarca dos elementos: la guerra era *querida* y la guerra estaba *mal calculada*.

En cuanto a que era “querida”, basta repasar las caras de los jóvenes en los muchos documentales que nos han llegado, todavía en blanco y negro y con ese movimiento espasmódico, rápido, antinatural de los cuerpos. Pero en todos ellos se ve el entusiasmo por ir al frente, por enrolarse —debe tenerse en cuenta que un porcentaje altísimo de soldados no fueron producto de una leva forzosa, aunque esta fue la mayoritaria, sino de la presentación espontánea de voluntarios— y partir al frente. Un deseo que se vio potenciado por los discursos nacionalistas y por el silenciamiento y la marginación de las voces contrarias a la participación en la batalla, cuyo epítome, nos parece, fue el asesinato de Jean Jaures.

Y en cuanto a que fue mal calculada, se debió a que nadie contó con la incidencia de la tecnología. Esa tecnología que estaba transformando a pasos agigantados la vida económica y productiva, también iba a transformar el arte de la guerra, que hasta ahora se denominaba así, un “arte”, y el filósofo y teórico de la guerra, el mariscal prusiano Carl Philipp von Clausewitz, había llegado a considerarla como una parte integrante de la política. Pero eso, acertado o errado, era un concepto pretecnológico, ahora, como se iba a ver, otro gallo cantaría. Un conflicto que se esperaba corto —de unas semanas, o cuando mucho de un par de meses— se alargó por más de cuatro años, causando un horror hasta entonces desconocido.

¿Por qué se esperaba una guerra corta y rápida, y por qué se la deseaba como una “guerra querida”? En Europa hacía más de un siglo que no había una guerra grande, que involucrara a la mayoría de las potencias continentales. Para entonces, los Estados que podían definirse como “potencias” eran seis en Europa, y apenas dos fuera del continente: Prusia, Gran Bretaña, Francia, Austria-Hungría, Rusia e Italia; y los Estados Unidos y Japón fuera del centro europeo. Y estas “potencias” se habían visto involucradas en batallas sólo en la guerra de Crimea (1854-1856), entre Rusia, Gran Bretaña y Francia. Los demás conflictos menores se habían resuelto en semanas o, cuando mucho, en unos meses. Entre 1871 y 1914 no había habido ningún conflicto en el cual el ejército de una “potencia” tuviera que atravesar las fronteras de otra. Y antes nunca se había registrado un conflicto “mundial”. Este es uno de los principales cambios que trae 1914, cuando el énfasis nacionalista, unido al poderío de destrucción tecnológico, provocó un resultado demoledor en el que nadie —o casi nadie— pudo quedar fuera: ahora todas las “potencias” se vieron involucradas, todos los Estados europeos (con la sola excepción de España, Holanda, los escandinavos —Suecia, Noruega y Finlandia— y Suiza); junto a

múltiples países de ultramar, desde la participación de los Estados Unidos —que definiría la victoria— hasta los rincones más excéntricos del mundo enviaron tropas a luchar en Europa (Canadá, Australia, Nueva Zelandia, hindúes, chinos, y hasta africanos). Y, por cierto, América del Sur, porque la guerra naval también adquiere dimensión mundial, y la primera batalla náutica se da, en 1914, en las inmediaciones de las argentinas Islas Malvinas. Una combinación de elementos que terminó alterando la estructura social y la arquitectura política del mundo. Hasta aquí había llegado el antiguo orden, aquí comenzaba —de verdad— el siglo XX. El fantástico y terrible siglo XX.

Los frentes

Es de remarcar la sencillez con que el libro de Enrique Lacolla expone el mapa de la guerra: esta se divide en dos grandes frentes, el Occidental y el Oriental. En el primero, Alemania enfrenta a Francia y a Gran Bretaña; en el segundo Austria-Hungría a Rusia. Como todos suponían que la guerra duraría apenas unas semanas, el ataque alemán —que se denominó “Plan Schlieffen” y fue comandado por el general Moltke— intentó llegar a suelo francés mediante la invasión de la neutral Bélgica rápidamente (*blitzkrieg*); pero del lado Oeste, el ejército francés, al mando del general Joffre, lo frena en la batalla de Marne, a apenas unos kilómetros de París, entre septiembre y noviembre de 1914. Y la guerra se empantana: en vez de ser un avance rápido, se frena en lo que parece un empate que ninguno de los dos puede ganar. En el frente Oriental pasa otro tanto: tras un inicial avance ruso, los alemanes lo frenan en la batalla de Tannenberg, de agosto de 1914; y los serbios hacen lo propio con los austrohúngaros. Todos se detienen frente a frente, y llega una de las decisiones estratégicas más lamentables de toda esta lamentable tragedia: caven trincheras, y esperen.

Se cavan trincheras, esos inmensos y larguísimos hoyos de cientos de kilómetros (de hecho, las trincheras del frente occidental iban desde el Canal de la Mancha hasta la frontera suiza), donde van a morir tantos jóvenes como en el campo de batalla propiamente dicho. La guerra de movimientos se transforma en una guerra de posiciones, a apenas unos metros unos de otros, al punto de que pueden hablarse y comunicarse desde el hoyo propio al hoyo enemigo, y la guerra se congela entre ratas, piojos y frío, en esperar, bajo la lluvia y el invierno, a que alguno se descuide y muestre un centímetro más de cuerpo que el permitido, para recibir un disparo. La casi paralela capacidad de fuego impide que se logren victorias contundentes en ninguno de los dos bandos, y los sucesivos intentos de romper las líneas de trincheras enemigas se saldán en carnicerías horribles de miles de caídos, para apenas mover los hoyos un kilómetro o dos. Italia entra en guerra tras firmar el secreto Tratado de Londres, en 1915, con lo cual se abre el frente alpino entre Italia y Austria-Hungría.

En abril de 1915, los alemanes usan en Ypres, Bélgica, por primera vez gases tóxicos, con lo que da comienzo la guerra química, que recibe la condena unánime y generará uno de los pocos documentos realmente útiles, como es la Convención de Ginebra del derecho de la guerra, de 1925, que prohíbe terminantemente la utilización de gases tóxicos (y que fue respetada durante la segunda Guerra Mundial, aunque han vuelto a utilizarse en años recientes). En febrero de 1916, Falkenhayn ensaya la guerra de desgaste en la batalla de Verdún; el resultado son más de 900.000 bajas entre muertos y

heridos, sin avances significativos. Los aliados contraatacaron en junio en el río Somme con idénticos resultados. La batalla naval de Jutlandia, en 1916, reafirma el bloqueo naval de Alemania, aunque los germanos lanzan al año siguiente la guerra submarina total. En el frente oriental, Alemania ocupa la Polonia rusa y Lituania. Los británicos inician su avance desde Egipto, capturando Palestina.

Mientras tanto, la situación bélica global también da lugar a movimientos tectónicos al interior de las sociedades, tal el caso del denominado “genocidio armenio”, donde son exterminados entre 300.000 y 1.500.000 armenios —según qué fuente se tome— a manos de las tropas turcas. El enorme costo de vidas en los frentes, las penurias de la población civil y la conciencia de que la guerra no iba a concluir pronto, extendieron la desazón al interior de las sociedades, y se dan oleadas de huelgas, como las de Gran Bretaña en 1916; o motines al interior de los ejércitos, como los levantamientos de soldados franceses en 1917. La “guerra querida” ya no tiene una cara simpática, sino que ha mostrado su verdadera faz de horror, destrucción y muerte sin límites.

Esos movimientos tectónicos comienzan también a cobrarse la factura en los propios regímenes, comenzando por la Rusia zarista. Entre febrero y octubre de 1917, el sector bolchevique de la revolución socialista, con Vladimir Ílich Úlianov (Lenin) al frente, se hace con el poder en Moscú. Los Estados de la Entente ven en los bolcheviques un nuevo peligro, y apoyan, en la guerra civil que viene tras el destronamiento del zar Nicolás II y de la dinastía de los Romanov, al partido de los mencheviques, los blancos. Lenin tiene demasiados frentes internos abiertos como para poder atender, además, a la guerra externa, y acepta firmar el tratado de Brest-Litovsk, el 3 de marzo de 1918, y se retira del conflicto (con un enorme costo en territorios, ya que pierde Polonia, Letonia, Lituania, Estonia, Finlandia, y diversos sectores de los territorios eslavos del Sur) a fin de ese año, con el armisticio de diciembre.

En el balance de los frentes, el abandono de la guerra por parte de la Rusia revolucionaria permite a Alemania concentrar todas sus fuerzas en el frente occidental, pero para entonces los Estados Unidos ya se han incorporado al conflicto, y su introducción rompe los balances y el empantanamiento de la guerra de posiciones. Tras sus fracasadas ofensivas en Oriente Medio y la llegada de tropas británicas a la Anatolia, Turquía firma el armisticio el 30 octubre, y el verano de 1918 es testigo de los últimos y desesperados ataques prusianos, pero ya al borde de la extenuación militar y económica, frente a las tropas norteamericanas, frescas, numerosas, bien pertrechadas y con ingentes recursos.

La suerte de la lucha ya está decidida: el presidente estadounidense Woodrow Wilson, del Partido Demócrata, pronuncia el discurso ante el Capitolio, donde expone su plan —en línea con la “escuela idealista”, o kantiana, de la política internacional— denominado “Los 14 puntos para la paz”, en enero de 1918. Los líderes militares prusianos Hindenburg y Ludendorff comunican al Káiser Guillermo II la imposibilidad de continuar la guerra, mientras el Imperio Austrohúngaro deponen las armas y firma el armisticio el 3 de noviembre. La situación se hace insostenible al interior de Alemania, y el Káiser abdica entre gallos y medianoche, huyendo a los Países Bajos; la revolución republicana se hace con el poder en Berlín, disuelve el imperio, proclama la República y firma el armisticio el 11 de noviembre de 1918. La guerra, en apariencia, ha terminado. Aunque sólo en apariencia: no era el fin, sino apenas una pausa.

Todos los balances que pueden hacerse confirman la catástrofe. El humano, quizás sea el más revelador. Los franceses perdieron casi el 20 % de sus hombres en edad militar (y, por lo tanto, también en edad reproductiva), y si se suman los heridos, prisioneros de guerra, inválidos y mutilados, apenas un 30 % de los hombres del ejército francés volvió a sus hogares. Los británicos perdieron una generación entera: medio millón de hombres que no habían cumplido los 30 años de edad; las universidades de Oxford y Cambridge perdieron una cuarta parte de sus estudiantes, chicos de 20 años. Y en las filas alemanas, el número de bajas fue aún mayor que en los ejércitos francés y británico.

El anhelo de paz

El anhelo de que el conflicto que concluía en 1918 fuera “la guerra que pusiera fin a todas las guerras” se reveló pronto como un sueño bienintencionado. Los tratados de paz que se firmaron en la Conferencia de París fueron unos tratados completamente fallidos que pusieron las condiciones para un nuevo conflicto general. El 18 de enero de 1919, los representantes de los países vencedores se reunieron en la Conferencia de París, bajo la dirección del denominado Comité de los Cuatro: el presidente estadounidense Woodrow Wilson, el premier británico David Lloyd George, el primer ministro francés Georges Clemenceau, y Vittorio Emanuele Orlando, primer ministro italiano. Pero se prohibió asistir a los países derrotados. Los alemanes habían pedido un armisticio basado en las propuestas, relativamente benévolas, planteadas por Wilson en sus “14 puntos para la Paz”, pero la realidad fue mucho más dura para los derrotados. Los países vencedores llegaron a París con ideas menos benevolentes y con compromisos, a veces secretos, adquiridos durante la guerra. Los alemanes, representantes de la recién nacida República de Weimar, firmaron el tratado de paz en Versalles, el 28 de junio de 1919, tras ser amenazados con una invasión total de su país. En Alemania se empezó a hablar del “diktat”, de la imposición, de Versalles.

El presidente Wilson impulsa la Sociedad de Naciones, que se funda con sede en Ginebra, Suiza. La nueva organización internacional se basaba en el principio de la seguridad colectiva, por el cual Estados Unidos y los demás países miembros quedaban comprometidos en la defensa de la seguridad de los demás miembros de la Sociedad. Sin embargo, al interior de los Estados Unidos, la oposición republicana, que tenía entonces mayoría en el Senado, se negó a ratificar los acuerdos de la Conferencia de París. A Woodrow Wilson lo sucede el republicano Warren Harding, en 1920, y con él en la Presidencia los Estados Unidos rechazan la Sociedad de Naciones, no ingresan en la organización multilateral, y, de esa manera, sellan su fracaso. Comienza un nuevo ensayo norteamericano, de volver a su “aislacionismo”, que durará hasta el estallido formal de la segunda Guerra Mundial. La Sociedad de Naciones fracasó, además de la negativa de los Estados Unidos a integrarla, porque los rusos también fueron vetados de participar, y sólo logran entrar en 1934, para irse en 1939; Alemania no ingresó hasta 1926 y, con Hilter, la abandona en 1933; año en que también se marcha el Japón; e Italia poco después, en 1936. Si se puede rescatar algo de este intento, es que sienta las bases para lo que después sería la Organización de las Naciones Unidas, tras la conclusión de la segunda Guerra Mundial.

Una paz fracasada en 3 errores

Los tratados firmados tras la Conferencia de París no contribuyeron en absoluto a estabilizar la situación europea y mundial. Los errores de esos tratados de 1919 están detrás de la continuación de esta guerra, que debemos mirarla, realmente, como un conflicto que se alargó durante 31 años, no sólo los cuatro que van de 1914 a 1918: el “huevo de la serpiente” de la segunda Guerra Mundial fue incubado en estos tratados de París (se menciona comúnmente el “tratado de Versalles”, pero éste fue el que estableció la paz con Alemania solamente; además, se firmaron los tratados de Saint-Germain, con Austria; Trianon, con Hungría; Sévres, con Turquía; y Neuilly, con Bulgaria).

Alemania fue muy dura y malamente tratada en la Conferencia de París. Y de una manera estratégicamente incorrecta, porque ese discurso tan censorador y esos costos tan abusivos en pago de penas de guerra, no tuvieron un correlato con, por ejemplo, una ocupación militar del territorio alemán, y su poderío económico no sufrió una merma sustancial: se trató de imponer una paz muy dura a un Estado que aún era muy poderoso. Ese fue el caldo de cultivo donde anidó “el huevo de la serpiente”, que va a encontrar en el Nacional-Socialismo de Adolf Hitler la vía de canalización.

La idea de Francia era mantener oprimida y débil a Alemania, para que no pudiese volver a poner en riesgo la seguridad europea, y la herramienta que eligió fue imponer duras condiciones económicas —pago de resarcimientos económicos— a la nueva República de Weimar. Pero las “reparaciones de guerra” fueron excesivas: sin incluir las incautaciones de barcos, ganado, materias primas, equipo industrial y activos exteriores, las sanciones impuestas a Alemania por los vencedores ascendieron a 33.000 millones de dólares de la época, pagaderos en 42 anualidades. Inicialmente, cada una de ellas equivalía al 5 % del PIB alemán. El déficit presupuestario se financió mediante la emisión de dinero. Así, la inflación se agudizó en 1921 y 1922: los precios crecieron desde el nivel 100 en 1914, al 1.301 en 1921; y al 14.600 al año siguiente. A mediados de 1922, un dólar se cambiaba por una cantidad de marcos más de 100 veces mayor que en 1914. Y aún sería más alta en 1923. La hiperinflación alemana constituye el episodio más llamativo de crecimiento de los precios y de desarticulación en la práctica de un sistema monetario moderno: los precios alemanes se multiplicaron por 1.000.000.000 en ese año. Para entonces un dólar se cambiaba por 4.200.000.000 de marcos. Los billetes se imprimían por una sola cara, porque la tinta para imprimir ambos lados tenía un costo superior al nominal del billete. O sea que la vía elegida por Francia sólo asfixió al experimento republicano, además de no conseguir tampoco que los países anglosajones se comprometieran a un pacto que garantizase su apoyo ante un eventual ataque alemán. La negativa norteamericana a firmar los tratados fue central para el fracaso francés. Y esto quedó en evidencia cuanto Adolf Hitler inició el rearme alemán, al final de esta década.

Otro error fue el de los “Estados-Nación”, la idea de Woodrow Wilson de que había que aplicar el “principio de las nacionalidades” para volver a dibujar el mapa europeo. En virtud de este principio, cada “nación”, entendida como un colectivo social culturalmente homogéneo, debía constituir su propio Estado. Pero, ¿cómo aislar racial o étnicamente un colectivo homogéneo, en territorios donde el paso, el tránsito, el cruce y la mixtura llevan milenios...? Hasta el día de hoy pagamos las consecuencias de aquel desacierto: todos los Estados que se formaron tuvieron minorías étnicas y culturales en

su interior, y esas minorías fueron causa de malestar social, descontento político y nuevos empujes de secesión.

También fue un error el trato dado al nuevo Estado que surgió de las cenizas del Imperio Ruso. Las potencias occidentales crearon lo que denominaron un “cordón sanitario” en torno a la URSS —Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas—, para impedir la expansión del comunismo en Europa.

La idea era crear una serie de Estados antisoviéticos (Finlandia, los bálticos, Polonia y el fracasado invento de Checoslovaquia), con el solo objetivo de que cercaran a la nueva Rusia marxista. Lo lograron, con la sola excepción de Turquía: el nuevo Estado surgido de la caída del Imperio Otomano, la Turquía republicana creada por Mustafá Kemal, Atatürk, le tenía más miedo al imperialismo colonialista de los europeos que al contagio comunista de los rusos, y firmó rápidamente un tratado de amistad con Moscú. En todo caso, la Unión Soviética fue aislada internacionalmente y no se le permitió ingresar en la Sociedad de Naciones hasta 1934.

La gran perdedora de la guerra fue Europa. Y esta denominada primera Guerra Mundial inició, en 1914, un proceso de autodestrucción europeo que permitió que el poder internacional dejase sus costas, siguiera viaje hacia el Oeste, y los Estados Unidos de Norteamérica alcanzaran la hegemonía global que mantuvieron durante un siglo. Un poder mundial que hoy —parece— sigue su rumbo Oeste, cruzando el Océano Pacífico y alcanzando las costas de China.

Para otear el nuevo horizonte que se insinúa, nada mejor que tener fresca la historia reciente. El libro de Enrique Lacolla, además de una lectura exquisita, es una lectura imprescindible.